

DELMONTE Y LA CULTURA DE LA SACAROCRACIA

POR
LISANDRO OTERO
UNEAC

En la última década del siglo XVIII, la Isla de Cuba experimentó una prosperidad sin precedentes como resultado de la subida de los precios del azúcar, su principal producto de exportación.

La ruina de Haití, después de su revolución, provocó este alto nivel del precio del edulcorante. Consecuencia inmediata de esta bonanza fue «el despertar grandioso de la conciencia burguesa cubana», como ha llamado al fenómeno Manuel Moreno Friginals¹. Con una confianza esperanzada en sus propias fuerzas y una dinámica tendencia expansiva, comenzó el ascenso de esa burguesía hacia un esplendor basado en un importante desarrollo tecnológico. Su auge vertiginoso tuvo lugar entre 1790 y 1834.

En esas décadas los hacendados cubanos introdujeron procedimientos de producción azucarera muy avanzados. En 1796 llegó a Cuba la primera máquina de vapor aplicada al sistema de trapiches para obtener guarapo. En los años siguientes veremos el ferrocarril, el gas y el telégrafo materializarse como apoyo de las fuerzas productivas.

Esta burguesía adquiere una conciencia de su peso social, de su responsabilidad histórica, y traza un proyecto de nación por el que va a trabajar consecuentemente durante más de medio siglo. Su ideólogo más conspicuo es José Antonio Saco.

En las condiciones imperantes, Saco es quien mejor vislumbra la estrategia a seguir. La revolución inmediata pudiera significar un vendaval incontrolable que arrastre las bases del poder de la sacarocracia. Todo separatismo implica revolución y la revolución es la ruina. Se puede pensar

¹ Manuel Moreno Friginals, *El Ingenio* (La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964), p. 36.

en la independencia, más tarde, después de un largo camino que pase por una cuidadosa reforma. El desprendimiento de la corona española debe ser lento. De la misma manera debe abandonarse paulatinamente la institución esclavista. Por lo pronto, cesar el comercio de negros sin ir al abolicionismo; blanquear la población para evitar el peligro haitiano. Sólo mucho después puede pensarse en una población homogéneamente libre.

Saco es también un vehemente antianexionista, pues encuentra que la nación cubana jamás pasaría de ser un proyecto si se funde con el coloso del Norte que diluiría nuestra identidad. Para Saco, la nación cubana está constituida por los burgueses blancos, dueños de la industria azucarera. Son ellos quienes custodian el patrimonio y el progreso. Para ellos está destinada toda la tierra y sus frutos y bienandanzas.

Esta poderosa clase terrateniente no poseía libertades civiles ni seguridad económica, pero no carecía de esclarecidos dirigentes, eficaces administradores y lúcidos economistas como Arango y Parreño o Martínez de Pinillos ². Saco forma parte de una nueva promoción de jóvenes y brillantes intelectuales entre quienes se encontraban Varela, Heredia y Luz.

Uno de los más poderosos clanes familiares es el constituido por el grupo Alfonso-Aldama-Madam ³. En 1836, los Alfonso figuran en el lugar treinta y seis entre las grandes fortunas de Cuba, los Aldama en el duodécimo y los Madam en el quinto. A inicios de la década del sesenta poseían cuarenta ingenios azucareros y quince mil esclavos y almacenes, ferrocarriles, seguros marítimos, casas de crédito, bancos y líneas de vapores. Entre todos poseían diez títulos nobiliarios. Más tarde se vincularon a la Casa Real de Borbón en España y a la alta nobleza de Francia mediante ventajosos matrimonios.

A esta poderosa empresa familiar se unió, en 1834, el joven Domingo Delmonte al casarse con Rosa Aldama y Alfonso. Nacido en Maracaibo, Venezuela, hijo del teniente gobernador y auditor de Guerra de esa ciudad —proveniente de Santo Domingo—, llegó a Cuba en 1810, con seis años de edad. En La Habana, Delmonte estudió Filosofía y Derecho y tuvo como compañero de estudios a José María Heredia. Los Delmonte no carecían de recursos propios y adquirieron un ingenio azucarero, cerca de Cárdenas, con cien esclavos ⁴.

La burguesía cubana vivía con extraordinario boato. Un baile en La

² Ramiro Guerra y Sánchez, *Manual de Historia de Cuba* (La Habana: Cultural, S. A., 1938), pp. 323 y 324.

³ M. Moreno Fragonals, *op. cit.*, t. 1 (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978), pp. 265 y 266.

⁴ Domingo del Monte, *Escritos*, t. 1 (La Habana: Cultural, S. A., 1929), p. 191. Edición con introducción y notas de José Antonio Fernández de Castro.

Habana colonial constituía un gran proyecto que debía ser anunciado con varios meses de antelación. Los modistos recibían con complacencia los encargos para los aderezos de ocasión. Manos industriosas cortaban muse-linas, sedas y tulés para la fastuosa noche. El día señalado, desde la mañana, las peinadoras ponían al fuego sus tenacillas de rizar, los cocineros destripaban pavos y batían sus claras de huevos con gran estrépito de loza y cuchara, los fámulos revisaban botonaduras de nácar y aplicaban betún al calzado, las camareras extraían de los arcones basquiñas de crepé con guarniciones y tensaban los cordones de los corsés. Por la noche se producía el agolpamiento de carruajes ante el portón claveteado en bronce y las grandes familias habaneras subían la escalinata alumbrada por candiles, entre las exageradas sonrisas de los negros esclavos, hacia los guisos del banquete y las piruetas de la contradanza.

A este fasto y oropel ingresó Domingo Delmonte apoyado por la fortuna de su suegro, el negrero Domingo Aldama. Pronto comenzó a erigir una espectacular escenografía para tan exuberantes caudales: el palacio Aldama, una notable mansión neoclásica que no tenía nada que envidiarle a las grandes composiciones arquitectónicas de Palladio⁵. La pureza de líneas de las grandes residencias romanas del Renacimiento, sus decorados pompeyanos, sus pisos de mármol, su estatuaria profusa, la delicadeza de sus frisos, sus herrajes Imperio, la hermosura de sus artesonados, incitaron a Karl Vossler, quien al visitar La Habana hizo grandes encomios de la edificación. Delmonte propuso iniciativas abundantes y sugerencias precisas a los arquitectos, así que, en buena medida, la habitación fue una creación suya.

Este palacio fue el centro de una tertulia que marcó el inicio de nuestra literatura; fue un hito fundacional de toda nuestra cultura y la médula ideológica de las inquietudes políticas y económicas de la inteligencia cubana. Su animador era el propio Delmonte, quien, al decir de uno de los asistentes, Suárez y Romero: «...la casa de Delmonte estaba siempre llena de jóvenes literatos, atraídos por la elegancia de sus maneras, la suavidad de sus amonestaciones, el acierto de sus críticas, la modestia de su carácter, la paciencia con que todo lo escuchaba, la prolijidad con que corregía cualquier producción, las palabras alentadoras con que inducía a seguir trabajando, y la firmeza y el decoro con que sostenía sus opiniones»⁶.

Félix Lizaso nos describe así aquel entorno:

⁵ Emilio Roig de Leuchsenring, *La Habana, apuntes históricos*, t. 2 (La Habana: Editora del Consejo Nacional de Cultura, 1963), pp. 254 y ss.

⁶ Citado por Félix Lizaso, en «Domingo del Monte», *Revista Cubana*, Publicaciones del

La biblioteca de Delmonte se extendía a lo largo de las paredes de la sala de reuniones, y sus libros escogidos eran consultados por todos y estaban a la disposición de sus amigos, pues allí llegaban antes de que pudieran ser hallados en las librerías. No era raro que Delmonte tuviera un libro abierto sobre la mesa en espera de la llegada de sus visitantes, para ponerlos al tanto de una obra que triunfalmente recorría en esos momentos la Europa, o asentaba teorías o revelaba nuevos valores en el arte o el saber ⁷.

Aquel cenáculo reunió a los valores más descollantes de la época: Cirilo Villaverde, Ramón de Palma, Anselmo Suárez y Romero, José Antonio Echevarría, José Victoriano Betancourt, Manuel González del Valle, Felipe Poey, José Silverio Jorrín, Gaspar Betancourt Cisneros, José Jacinto Milanés, Plácido y el esclavo Juan Francisco Manzano se hallaban entre los asistentes más reiterados.

Delmonte hablaba una lengua clásica y cinco idiomas modernos. Era un extravertido, pero no estaba dotado para la oratoria, prefería el diálogo en la intimidad: poseía una conversación fluida. En sus reuniones se leían los textos recién escritos por los asiduos, se discutían con señalamiento de aciertos y errores. En otras ocasiones se leían libros que habían alcanzado notoriedad en el exterior, se investigaban datos complementarios del autor, se comentaban corrientes de pensamiento y escuelas literarias. Todos salían de aquellos encuentros más fortalecidos, más informados, más plenos y aptos para la comprensión de su tiempo ⁸.

Durante su vida Delmonte mantuvo una estrecha relación con José Antonio Saco y fue un leal seguidor de sus ideas. El conocido incidente de la disolución de la Academia Cubana de Literatura por el capitán general Tacón, que tuvo como consecuencia la expulsión de Saco de Cuba, los unió aún más. Juan Bernardo O'Gaban fue el acusador directo que sirvió para destruir a la naciente Academia, pero se sabe que quien estaba tras la expulsión era el intendente Martínez de Pinillos, quien no le perdonaba a Saco sus artículos en contra de la trata de negros. Fue Delmonte uno de los principales defensores de Saco en aquella coyuntura y su amistad se estrechó fuertemente. El propio Tacón llegó a lamentarse de haber expulsado a Saco, años más tarde —después de haber salido de Cuba—, por el gusto que le dio a Pinillos ⁹. Al abandonar La Habana, Saco recibió la

Ministerio de Educación, Dirección de Cultura de Cuba, La Habana, enero-junio de 1949, vol. XXIV, p. 207.

⁷ Lizaso, *op. cit.*, p. 208.

⁸ Elías Entralgo, *Lecturas y Estudios* (La Habana: Publicaciones de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962), pp. 80 y 81.

⁹ Miguel Tacón, *Correspondencia Reservada* (La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963). Introducción, notas y bibliografía por Juan Pérez de la Riva, p. 21.

protección del clan Alfonso-Aldama en la forma de un paquete de acciones del ferrocarril Matanzas-Sabanilla por valor de 5.000 dólares. Durante los largos años que vivió en Europa, Saco recibió una generosa mensualidad que le permitió vivir decorosamente ¹⁰. Al morir Delmonte dejó a Saco como tutor de sus hijos.

Delmonte no era sólo un diseminador de ideas y un promotor de cultura, sino un teórico de la situación cubana y en ello seguía de cerca las ideas de su modelo José Antonio Saco. En su prédica y acción trató de desalentar la trata de negros y evitar los peligros de una república a la haitiana. Hizo lo posible por demorar una insurrección separatista que pondría en peligro los capitales de su suegro y su grupo familiar. Abogó por lograr reformas en la Colonia a la vez que se iban creando las bases de una nación independiente en perspectiva hacia la cual se evolucionaría cautelosamente. Estimuló una cultura nacional que siguiera los patrones españoles para garantizarle una universalidad. Por sobre todo, estaba siempre presente el interés supremo de salvaguardar el patriciado criollo y tutelar sus instituciones y haciendas.

Este derrotero es sumamente visible en el episodio de Juan Francisco Manzano. Fina García Marruz, que ha estudiado con cuidado sumo la relación entre el esclavo y su emancipador, ha dicho de Delmonte:

Este hombre que apenas escribe, crea siempre una enorme actividad literaria en torno... A su lado son otros los que hablan... No estando, por temperamento, vocado a la acción revolucionaria, pero siendo a la vez todo lo contrario de un conformista en materia política, no le quedaba mas vía que la de tratar de viabilizar las reformas que quería para Cuba valiéndose de los medios permitidos por la colonia. Agrupa la intelectualidad criolla haciendo a Heredia tomar conciencia de lo americano, convirtiendo a Milanés en moralista y a Suárez y Romero en denunciador del más profundo de nuestros males: la esclavitud ¹¹.

Pero no es sólo Suárez y Romero quien emprende la denigración de la más infamante de las instituciones coloniales, sino toda la cohorte intelectual que rodea a Delmonte, estimulada por él. El método de ataque principal es la información periódica al cónsul inglés Richard R. Madden, quien es también juez de la Comisión Mixta encargada de supervisar a los africanos liberados y observar el comportamiento de la trata en Cuba. Madden se encarga de traducir y publicar los textos de escritores cubanos

¹⁰ Miguel Tacón, *op. cit.*, p. 135.

¹¹ Fina García Marruz, *Hablar de la Poesía* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1986), pp. 327 y 331.

acopiados por Delmonte y crear una relación acusatoria que contribuya a suscitar un estado de opinión.

El joven poeta Juan Francisco Manzano, espléndidamente dotado con un sorprendente talento poético, fue alentado por Delmonte a escribir su biografía, que constituye uno de los documentos más insólitos y apasionantes de la época. No satisfecho con darle legitimidad a sus cartas de escritor, Delmonte organizó una colecta para adquirir su libertad.

Si bien Delmonte ejerció un vigorizante influjo en las letras cubanas, al extremo de poder decirse que no hay pieza literaria cubana mayor, de ese período, que no se haya gestado en su palacio, su obsesión con el neoclasicismo hispano tuvo consecuencias negativas. Salvador Bueno lo ha visto así:

Pero de cierta manera estos moldes impuestos hicieron desviar la genuina vocación del más delicado de nuestros líricos de la primera generación romántica, José Jacinto Milanés. Por influjo de estas ideas, el poeta matancero lleva a sus composiciones líricas temas filantrópicos cuya expresión poética deslucе al lado del resto de su producción. Abandona transitoriamente su estilo tenue, sencillo y delicado para atender al mejoramiento colectivo... pero entonces su verso brota enteco y pedregoso, sin aliento lírico... se convierte en versificador chabacano e insulso...¹²

Delmonte era un enemigo declarado del romanticismo, al que llamaba «literatura de réprobos», porque estimaba que sus arrebatos nacionalistas y revolucionarios podían ser perjudiciales al país que debía crearse. En su trabajo «La poesía en el siglo XIX» defiende al poeta como moralista, como intelectual comprometido, ya que el escritor «no es un ser aparte de su especie» y «la sociedad tiene derechos que exigir de sus ingenios, y el poeta deberes que cumplir como tal». Quien sea dueño de facultades poéticas tiene responsabilidades por el empleo que de ellas haga¹³.

Elástico y ecléctico lo ve Cintio Vitier, oponiendo siempre un utilitarismo refinado al utilitarismo cerril, al grosero materialismo de una sociedad dominada por los hacendados azucareros. Delmonte, siempre en verdadero humanista, no desdeña la poesía como agente civilizador, según Vitier, quien concluye su juicio:

¹² Salvador Bueno, *Domingo del Monte, ¿quién fue...?* (La Habana: Ediciones Unión, 1986), p. 36.

¹³ Autores varios, *La Crítica Literaria y Estética en el siglo XIX Cubano*, prólogo y selección de Cintio Vitier (La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, Depto. Colección Cubana, 1968), p. 121.

La labor de Del Monte en su tertulia puede sintetizarse en tres puntos: cultura, patriotismo, moderación. Cultura de nivel europeo y sólida base española, fervor por la causa esclavista y los temas vernáculos, flexibilidad y templanza en los criterios orientadores ¹⁴.

Delmonte no limitó su papel de propagador cultural a su cenáculo: en 1829 comenzó a publicar la revista *La Moda*, en apariencia frívola y elegante, plena de figurines que seguían las corrientes parisinas, donde también se publicaban comentarios sobre las obras de Chateaubriand, Goethe, Byron y Scott: siempre presente su preocupación por estar al día, informado, no obstante su aparente cometido de ser el «recreo semanal del bello sexo».

En una época de tanta tensión política, cualquier sugerencia comprometedora, cualquier rumor peligroso, podía comprometer la vida de un ciudadano. En 1843 se murmura que Delmonte se dispone a liberar a sus esclavos, y sin que medie orden ni edicto que lo presione, decide emigrar ¹⁵. Va a transcurrir en Europa los últimos años de su vida.

Un año antes de su salida Delmonte había escrito una carta a su amigo Alexander Hill Everett en la que expresaba su preocupación por las intrigas y habilllas existentes sobre una posible sublevación de esclavos con vistas al establecimiento de una república negra. Everett mostró la carta a las autoridades norteamericanas, que hicieron enviar dos buques de guerra a las costas cubanas para desalentar tales planes. Ello movió también a Delmonte a alejarse de la Isla. Ya tenía suficientes maquinaciones en sus antecedentes —reales o supuestas—, tales como la relación con Madden, la expulsión del cónsul Turnbull y el amotinamiento de los esclavos que construían el palacio Aldama, en 1841, para no desear que le atribuyesen una más.

No obstante, en el curso de 1843 ocurrieron varios alzamientos de esclavos en distintos ingenios; el más extenso fue el ocurrido en Matanzas, en el central «Triunvirato», propiedad de los Alfonso. Las investigaciones subsiguientes hicieron sospechar la existencia de una conspiración más vasta. Pronto comenzaron los arrestos, las torturas y las confesiones forzadas: la «Conspiración de la Escalera» estaba en plena inquisición.

El poeta Plácido implicó en sus declaraciones bajo el foete a algunos blancos que habían conocido al inquieto cónsul Turnbull, entre ellos a Delmonte y Luz y Caballero. Este último regresó a Cuba para defenderse de las acusaciones, pero Delmonte prefirió enviar una carta desde París,

¹⁴ Cintio Vitier, *op. cit.*, pp. 22, 23 y 27.

¹⁵ *Orbita de José Antonio Fernández de Castro*, introducción y selección de Salvador Bueno (La Habana: Ediciones Unión, 1966), p. 93.

donde aclara que su suegro recoge una cosecha anual de dos mil cajas de azúcar, que le producen cien mil pesos de renta limpia, y que los Alfonso, tíos maternos de su esposa, cosechan anualmente catorce mil cajas; por tanto, su posición social le impedía comprometerse con un plan que destruiría con el puñal y el veneno a los hombres blancos ¹⁶. Nunca como en ese instante estuvo tan lejos de su maestro Félix Varela y de sus discípulos del Seminario de San Carlos; nunca tan apartado de Cuba como al reclamar el apoyo de su clase social frente a quienes gemían en la ergástula.

Una de las obras trascendentes legadas por Delmonte fue la compilación de la correspondencia que recibió, compuesta por más de mil quinientas cartas, lo cual constituye un documento de imprescindible estudio para conocer la historia y la evolución de la cultura cubana durante la primera mitad del siglo XIX. La Academia de la Historia comenzó su publicación en 1924 con el título que el mismo Delmonte le adjudicó: «Centón Epistolario».

En sus últimos años unió fuerzas con Saco para combatir la campaña anexionista que se intensificó a partir de 1848. Delmonte trató de influir en la gestión política española e incluso intentó comprar un periódico, al frente del cual pensaba poner a Saco ¹⁷. Aspiró a diputado por algunas provincias de la metrópoli, pero murió en 1853, a los cuarenta y nueve años de edad, sin haberlo logrado.

Delmonte ¹⁸ falleció en el mismo año en que nació Martí, quien luego le llamaría «el más real y útil de los cubanos de su tiempo» ¹⁹, por encontrar, según Lizaso, que había seguido su propio método: sembrar y unir ²⁰.

Su diseminación eficiente habría bastado para justificar la obra de una vida, pero su frustración consistió en que no dejó un legado que permitiese reconocer las extensas fronteras de su pensamiento y de su labor crítica. Después de proclamarlo como el primer prosista de su época, Aurelio Mitjans resumió así su vida:

Nunca se lamentará bastante que hombres como Domingo del Monte, de tan envidiables dotes, no tengan una vez en su vida energía y perseverancia suficientes para concentrar sus fuerzas en un punto dado y producir alguna obra de importancia, corona de su nombre y gloria de su país. Como narrador

¹⁶ Domingo del Monte, *op. cit.*, p. 189.

¹⁷ Juan Pérez de la Riva, *op. cit.*, p. 325.

¹⁸ Seguimos la ortografía del apellido Delmonte, tal como él mismo lo firmaba, según asegura Elías Entralgo, *op. cit.*

¹⁹ José Martí, *Obras Completas*, t. 5 (La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963), p. 282.

²⁰ Félix Lizaso, *op. cit.*, p. 224.

o como crítico, Domingo del Monte hubiera podido legar a Cuba monumentos literarios; su ingenio discretísimo y su vasta erudición le autorizaban para tareas de ambas clases ampliamente. Sin embargo, puede decirse que su recuerdo sólo vive por el afecto de sus contemporáneos que la tradición perpetúa.

Quizá Delmonte pudo defenderse respondiendo, como hizo Luz y Caballero en lance similar: «Yo no hago libros, hijo, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres.»

